Aniza

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Pedro Navarro

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*
D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La Flor de la maravilla.
El agua mansa.
Uninfierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

PEDRO NAVARRO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenado en el teatro de la Cruz el 20 de octubre de 1854.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

N. 247.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL RUBIO NÚM. 35.
1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/pedronavarrodram00ariz_0

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

721389

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA.	Doña Josefa Palma.
MAGDALENA, *su madre.*	Doña Vicenta Martin.
PEDRO NAVARRO. . . .	Don Julian Romea.
CESAR BORJA.	Don N. Bermonet.
PAOLO.	Don N. Aguirre.
HERNANDO.	Don Antonio Pizarroso.
RUGIERO.	Don Lázaro Perez.
GAETANO.	Don N. del Rio.
BARQUERO 1.º	Don N. N.
BARQUERO 2.º	Don N. N.

Barqueros y soldados.

La escena es en Roma. Epoca de 1503.

ACTO PRIMERO.

En el fondo del teatro se descubre la orilla del Tíber, y mas lejos árboles y edificios. A la derecha grandes ruinas, y á la izquierda una casa humilde. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

NAVARRO.—HERNANDO.—*El primero de capitan y el segundo de soldado españoles.*

HERNAN. Me parece juego bobo
proseguir esta aventura,
que la noche será oscura
mas que la boca de un lobo.
NAVAR. Pues yo tengo que seguir,
amigo Hernando, en mi empeño.
Cuando tengas miedo ó sueño,
puedes marcharte á dormir.
HERNAN. Nunca el miedo causa afan,
tenedlo por bien sentado,
mi capitan, á un soldado,
que sigue al Gran Capitan.
Pero fuera maravilla
trasnochar hasta la aurora
por alguna pecadora

que bosteza en esa orilla.

NAVAR. Me hace rondar, te lo fio,
la mujer mas hechicera
que se ha visto en la ribera
de mar, de lago ó de rio.
En fin, Hernando, mujer
es que adoro, por mi vida;
y mi esposa ó mi querida
tarde ó temprano ha de ser.
Sabes que yo soy así.
Llego á una plaza, la cerco,
resiste, terco que terco
hasta que queda por mí.
Esto me da de bizarro
nombre, y dicen en mi honor,
que no hay otro sitiador
igual á Pedro Navarro.
Llego á una mujer, la digo
mi atrevido pensamiento;
si no se rinde al momento,
la pongo cerco y la ostigo.
Este método no yerra;
es bueno, aunque no barato;
que yo á las mujeres trato
como á las plazas de guerra.
Ya sabes mi decision.
Con que déjame, ó te advierto
que vas á pasar despierto
esta noche y de faccion.

HERNAN. ¿No os moveis de aquí?

NAVAR. Sí á fé.
Tenemos tela cortada
esta noche en la embajada;
pero pronto volveré.
Allí me llama el honor
de soldado y caballero.
Cumplo mi deber primero,
y acudo luego á mi amor.

HERNAN. Eso me parece bien.
Allí, para la campaña
de Nápoles, reune España
soldados, que auxilio den.
Y allí nuestros intereses

os llaman con voz de trueno,
para buscar, como bueno,
contrarios á los franceses.
Vamos sin mas detencion,
pues caminais muy despacio,
y no os quiere tan reacio
el monarca de Aragon.

ESCENA II.

NAVARRO.—HERNANDO, *que se dirije hácia las minas.*—CÉSAR, *que viene del mismo lado, envuelto en su capa, y choca con el capitan.*

NAVAR. Me ha reprendido, á fé mia,
quien en celo no me escede.
¿Lo entiendes?
(Choca con César.)
CESAR. Tenga, si puede,
alguna mas cortesia.
NAVAR. ¿Conmigo os encarais?
CESAR. Sí.
NAVAR. Pues hablais descomedido,
y ¡voto á Dios! que habeis sido
el mas descortés aquí.
CESAR. Ligero de lengua andais.
NAVAR. Pues yo diré, en vuestra mengua,
que no teneis mas que lengua,
si á las manos no llegais.
CESAR. Basta, capitan.
NAVAR. ¿Mi nombre
sabeis?
CESAR. Goza nombradía.
NAVAR. Pues buscadme cualquier dia,
y reñireis con un hombre.
Que, aunque recateis la faz,
os probaré lo que valgo.
CESAR. Id en paz, altivo hidalgo.
NAVAR. Quedaos, embozado, en paz.
(Se van Navarro y Hernando.)

ESCENA III.

CESAR.

Atravesándose vá
ese hidalgo en mi camino.
De mala muerte imagino
que el español morirá.
Sin necesidad no quiero
ponerme mal con España.
Si la vista no me engaña,
aquel que llega es Rugiero.

ESCENA IV.

CESAR.—RUGIERO, *que viene del rio, del lado de la casa.*

RUGIER. *(Acercándose con precaucion á César.)*
Señor.
CESAR. Acércate mas.
RUGIER. Ya mi gente prevenida
está, firme y decidida.
CESAR. ¿No retrocede?
RUGIER. Jamás.
CESAR. *(Señalándosela.)*
Aquella es la casa.
RUGIER. Bien.
CESAR. De ella saldrá ese soldado,
cuya vida te he comprado.
RUGIER. Contadla por vuestra.
CESAR. Ten
cuidado, que es bravo, fuerte,
y maneja bien la espada.
RUGIER. De una sola puñalada
espero darle la muerte.
CESAR. Sé que tu mano es segura.
RUGIER. Mi mano vale un tesoro.

CESAR. Que pago á peso de oro.
Adios, y buena ventura.
RUGIER. ¿Vendreis por aquí?
CESAR. Tal vez.
RUGIER. Ya estará muerto.
CESAR. Mejor.
¿La hora recuerdas?
RUGIER. Señor,
me habeis dicho que á las diez.
CESAR. En punto.
RUGIER. No haré que aguarde.
CESAR. Mano segura.
RUGIER. Corriente.
CESAR. Vé á reunirte con tu gente;
mata, y que el cielo te guarde.
(Se marcha por las ruinas, y Rugiero por el lado del rio.)

ESCENA V.

MARIA.—PAOLO, *salen de la casa, y se detienen junto á la puerta. Cierra mas la noche.*

MARIA. *(Despidiéndolo.)*
Adios.
PAOLO. Un momento mas.
Nos separamos muy pronto.
y me faltará la luz,
cuando me falten tus ojos.
Aun no ha cerrado la noche,
y el cielo, que oye mis votos,
el crepúsculo conserva
en sus horizontes rojos.
Hasta el palacio de España
es el camino muy corto:
déjame estar á tu lado
un momento mas.
MARIA. Te oigo
hablar así, Paolo mio,
con el mas sincero gozo.
Sientes dejarme; procuras

siempre retardar un poco
el momento de tu marcha,
y apresuras tu retorno.
Yo, que solo estoy contenta,
cuando fijas en mi rostro
tus miradas, me repiten
un callado »yo te adoro:»
yo que hago siglos las horas
lejos de tí, y como un soplo
pasan los dias, si estamos
el uno cerca del otro,
te agradezco con el alma
la vacilacion que noto,
cuando, al llamarte el deber,
el amor te pone estorbos.
En esta noche apacible,
tranquilos, amantes, solos,
á la faz del cielo encuentra
el corazon desahogo.
Mil veces aquel lucero,
que siempre fulgura hermoso,
ha visto, mudo testigo,
nuestros amantes coloquios.
Mil veces la mansa brisa
sobre sus rosados hombros
llevó á las aguas del Tíber
encantadores propósitos.
Y mil veces de ese rio
el cristal siempre sonoro
el eco fué, bien lo sabes,
de suspiros amorosos.
Apacible nos sonrie
cuanto miramos en torno,
y una atmósfera de amor
vá por do quier con nosotros.

PAOLO. Sí, mi bien; cada palabra
tuya aumenta mi alborozo,
y no puedo abandonarte,
porque me dejas absorto.
¿Por qué este pobre soldado
tiene por todo tesoro
una espada de Toledo
y un corazon generoso?

¿Por qué he de vender mi sangre
para conquistar un trono,
si eres tú la hermosa reina,
á cuyas plantas me postro?
Blandiera al menos mi acero
para prepararte un sólio,
y tender bajo tus piés
ricas alfombras del moro.

MARIA. No, Paolo, no necesita
mi amor brillantes adornos,
y muy bien sobre la arena,
si salgo á tu encuentro, corro.
No está en los ricos palacios
de ardiente amor el emporio;
y mas bello crece el lírio
oculto entre los abrojos.
Te juro que bastaria
á mi dicha y mi reposo
de una pajiza cabaña
el techo fragil y tosco.
Siendo mi alfombra la grama,
mi mullido asiento un tronco,
ni sufriria inquietudes,
ni vislumbraria enojos;
y cojerian mis manos
con un entusiasmo loco
el rubia espiga en estío,
la uva dorada en otoño.
Aquí tienes todo el bien,
que en mis sueños ambiciono,
arrancándote la espada,
dándote el arado corvo.
Tú comprenderás que tiemble
al son del clarin sonoro,
porque á lo lejos escucho
detonar el bronce ronco.
En las llanuras de Italia
murió mi padre, á quien lloro,
y se perdió su cadáver
entre sangrientos despojos.
Huérfana soy; si mañana
muere el prometido esposo,
¿tendrán lágrimas que darle

mis ya fatigados ojos?

PAOLO. No te atormentes, María,
con tan lúgubres pronósticos,
que mi vida, por ser tuya,
haré respetar al plomo.
Soy tan pobre, que no tengo
ni ese albergue misterioso;
mi acero ha comprado España,
y si falto me deshonro.
Pero si lo exiges...

MARIA. No.

PAOLO. Mi honor en tus manos pongo;
dispon dél; es prenda tuya...

MARIA. Lidia con valor heróico.
Paga tu deuda; es sagrada,
y vele Dios por nosotros.

PAOLO. Vive tranquila, amor mio.

MARIA. Con mi suerte me conformo.
La noche cierra; te esperan...
Debes marchar; es forzoso.

PAOLO. ¡Adios! te queda mi alma.

MARIA. La mia llevas; vuelve pronto.
(Pablo se marcha por las ruinas.)

ESCENA VI.

MARIA.

(Cae de rodillas junto á un banco de piedra.)
Preserva de todo mal,
Santa Madona, su vida:
tú que fuiste concebida
sin pecado original.
No lo pongas en olvido,
préstale amparo y consuelo,
hermosa reina del cielo
y madre del afligido.
Vela á un tiempo por los dos,
y atiende nuestras querellas,
tú, que pisas las estrellas,

y eres la madre de Dios.
Yo te imploro con fé igual
á tu amor, bella matrona.
Líbranos, Santa Madona,
líbranos de todo mal.
(Reclina la cabeza sobre el banco.)

ESCENA VII.

MARIA, *reclinada sobre el banco.*—NAVARRO.—HERNANDO, *por las ruinas.*

NAVAR. *(Trae capa.)*
Será mi esposa ó mi dama.
¿Lo oyes?
HERNAN. Muy bueno y muy santo;
pero no la rondeis tanto.
NAVAR. Si tienes sueño, á la cama.
HERNAN. No me estaria de mas
aprovechar el consejo.
No tengo amor, y soy viejo.
NAVAR. Pues ahora mismo te vas.
HERNAN. Eso no. No os dejaré
solo.
NAVAR. Traigo un camarada.
HERNAN. ¿Cuál es, capitan?
NAVAR. Mi espada.
Tiene buen temple.
HERNAN. Doy fé.
NAVAR. Con que ya te puedes ir,
sin que tengas por mí miedo.
Adios, Hernando.
HERNAN. Me quedo.
NAVAR. ¿A trasnochar?
HERNAN. O á dormir.
Esas ruinas me darán
á la vez lecho y abrigo.
Si hay riña, contad conmigo:
buenas noches, capitan.
(Se oculta en las ruinas.)

ESCENA VIII.

MARIA.—NAVARRO, *que se va acercando á la casita lentamente.*

NAVAR. Mi amor le causa estrañeza,
pero firme como un roble.
Late un corazon muy noble
bajo esa tosca corteza.
Hace bien en reposar
libre de todo tormento.
Yo tengo aquí un pensamiento,
y no puedo descansar.
¿Qué me pides, corazon,
con tanto y tanto latido,
tú, que sereno has oido
el estruendo del cañon?
¿Tú, que en sangrienta batalla
nunca has vacilado incierto
y sobre un amigo muerto
has trepado á la muralla?
¿Será posible que aquí
tu antiguo valor olvides?
Dí, corazon, ¿qué me pides?
No tengas vergüenza, dí.
Mucho debe ser tu afan,
cuando tanto te sofoca.
Para encender una roca
se necesita un volcan.
Adelante, corazon,
sin que el peligro te asombre.
(María se levanta.)
Una mujer.

MARIA. *(Quiere irse.)*
¡Ay!... (¡Un hombre!)

NAVAR. (¡Es ella! Esta es la ocasion.)
¿Por qué con paso ligero,
flor hermosa, se retira
de quien la sigue y la admira?

MARIA. Dejadme en paz, caballero.
NAVAR. Quizás tuviera valor
para hacerlo, si esa faz
no me robara mi paz.
MARIA. Os lo suplico, señor.
NAVAR. Os juro que esa esquivez,
mas que me ofende, me obliga
á que enamorado os siga.
MARIA. Dejadme en paz.
NAVAR. Otra vez
volveis á la paz. Por cierto
que esa palabra me aterra,
cuando vos me haceis la guerra
y me teneis medio muerto.
MARIA. En mi vida os ofendí.
Quedad á mi mal estraño.
Si no os hice ningun daño,
no me lo hagais vos á mí.
NAVAR. Por cierto que no hablais bien.
Me hechizaron vuestros ojos,
y me da crudos enojos
ese constante desden.
Mal mi cariño se esplica
quien desdeña desde luego.
MARIA. Tened en cuenta que os ruego:
no desdeña quien suplica.
¡Y cómo ha de desdeñar
una mujer desgraciada,
ni temida, ni envidiada,
á quien la puede dañar!
Yo despreciaros no quiero;
pero convenceros sí
de que estando mas aquí
me haceis daño, caballero.
NAVAR. Quizás abrigais temor,
mujer pura y celestial,
porque comprendeis muy mal
la pureza de mi amor.
MARIA. Le doy toda la virtud
y la inocencia de un niño,
y concedo á ese cariño
mi completa gratitud.
Lo juzgo sincero y fiel:

respeto vuestra hidalguía,
y comprende el alma mia,
que mucho me honrais con él.
Mas con todo, necesito
que no me sigais.

NAVAR. Señora,
¿me mandais que os deje ahora?

MARIA. Os lo ruego, lo repito.
No parezcais por aquí.

NAVAR. (Me va dejando suspenso.)

MARIA. Me hareis un favor inmenso
no pensando mas en mí.
Hacedlo; huérfana soy,
reflexionadlo, de padre;
es una anciana mi madre,
y sola con ella estoy.
Si en mi seguimiento os ven,
mostrando tales cuidados,
ociosos y mal hablados
de mi honor no dirán bien.
Y os bastará una razon,
pues sois capitan de España.
Mi padre murió en campaña
lidiando por Aragon.
Fué leal y denodado:
en premio de su lealtad
y su valor, respetad
á la hija del soldado.

NAVAR. ¿Y quién os falta al respeto?
Si alguno osado os faltara,
entre mis manos dejara
su vida, yo os lo prometo.
Mi aficion á vos no es poca;
mis pensamientos honrados.
Yo sabré á los mal hablados
tapar muy pronto la boca.
Firme en mis trece me quedo,
aspirando á fin honroso.
Esta es mi mano de esposo.
Dadme la vuestra.

MARIA. No puedo.

NAVAR. ¡Qué diablos! Teneis razon.
Aun no os he dicho mi nombre...

MARIA. Calladlo.
NAVAR. ¿Por qué?
MARIA. Amo á un hombre
con todo mi corazon.
NAVAR. ¿Vos amais á un hombre?
MARIA. Sí.
Dejadme ya, por los cielos.
No quiero que tenga celos.
NAVAR. ¿Y me dais celos á mí?
MARIA. Perdonadme.
NAVAR. Sois audaz.
MARIA. Al capitan esforzado
la hija del muerto soldado
llorando implora.
NAVAR. Id en paz.
MARIA. ¿Me abandonais desde luego?
¿No me seguireis?
NAVAR. Señora,
no exijais mas por ahora.
Idos en paz; yo os lo ruego.
(María entra en la casa.)

ESCENA IX.

NAVARRO.

¿Por qué tanta confusion,
capitan Pedro Navarro?
¿Qué has hecho de tu bizarro
y atrevido corazon?
Responde, dime: ¿qué has hecho?
¿Dónde está su valentia?
Se arrastra en lenta agonia
en los abismos del pecho.
(Empiezan algunos relámpagos y lluvia.)
Esa niña, esa mujer
abate tu heróico brio.
¡Ay! Es muy grande ¡Dios mio!
de la inocencia el poder.
Bien. El capitan de España
en un todo ha respetado

á la hija del soldado
muerto en gloriosa campaña.
Ya tienes satisfaccion,
y muy cumplida por cierto,
soldado leal, que has muerto
lidiando por Aragon.
Séate la tierra ligera,
si bajo la tierra estás.
Tú moririas quizás
defendiendo mi bandera.
Dé premio á tu esfuerzo santo
de mi corazon el luto,
y este solemne tributo,
que te rindo con mi llanto.
(Pausa.)
Azota la tempestad
con su lluvia mi semblante.
Llegará aquí el otro amante
envuelto en la oscuridad.
Probaré en él mi valor...
No... el sacrificio completo
debe ser, y yo respeto
de esa huérfana el amor.
Confuso en tal laberinto
mi pensamiento se trunca.
¿Cedérsela á un hombre?... Nunca.
¿Respetarla?... Eso es distinto.
Disputarla... ¿Cómo?... ¿Cuándo?...
Me ciega mi frenesí.
Yo no puedo estar aquí.
Voy á despertar á Hernando.

ESCENA X.

NAVARRO *entra debajo de un arco de las ruinas, y por el inmediato salen* PAOLO *y* GAETANO, *y se paran cerca.*

PAOLO. Gaetano, siempre en la guerra
siente algun placer el alma
del hombre que lleva al cinto
desde mancebo una espada.

GAETAN. Eres mas jóven que yo;
tus ilusiones te engañan;
pues solo el capitan medra,
cuando el soldado trabaja.

NAVAR. *(Ocultándose, pero sin alejarse.)*
(Soldados son; saber debo
qué buscan, y de qué tratan.

GAETAN. Mira, Paolo, solo hallamos
alguna corta ganancia
despojando al enemigo
de su bolsa y sus alhajas.
Por lo demás, aunque tengas
la fortuna, ó la desgracia,
de salvar á un capitan
en un dia de batalla,
no haya miedo que te pague
en buenas doblas de plata.

PAOLO. Gaetano, me mortifica
oirte hablar como ahora hablas,
y no quiero de este asunto
ocuparme mas.

GAETAN. Pues trazas
llevo de ocuparme de él
mientras estemos sin blanca.
Tú y yo de Pedro Navarro,
de ese capitan de fama,
cuyo nombre tanto suena
por los ámbitos de Italia,
salvamos la vida, á riesgo
de las nuestras, mal pagadas.
Por nosotros ese azote
tienen las huestes de Francia,
y ¡vive Dios! que ha olvidado
nuestro buen servicio España.
Es verdad que el mismo Pedro
tiene la memoria flaca,
y no ha agradecido...

PAOLO. Mucho.

GANTAN. ¿Cómo?

PAOLO. Dándonos las gracias.
Tú sí que olvidas. En medio
de espesa lluvia de balas
nos dijo: »sois dos valientes:»

y á mí con esto me basta.

GAETAN. Buen provecho; yo daria
esas tres bellas palabras,
que tanto te recompensan,
por tres doblas castellanas.

PAOLO. Tienes pobre corazon,
Gaetano, y mucho te falta
para conocer el precio
de una frase.

GAETAN. Cara á cara
diré yo á Pedro Navarro
lo que te digo en sustancia.
Si quiere que yo lo tenga
por de condicion hidalga,
del recibido favor
que me dé en oro la paga.
¿Qué harias tú si te la diera?

PAOLO. Es muy sencillo, rehusarla;
y solo puede pagarme,
en otra nueva campaña
cubriéndome con su pecho
del bote de alguna lanza.
Adios, Gaetano.

GAETAN. ¿Tan pronto
me dejas?

PAOLO. María me aguarda,
y solo podré esta noche
un momento acompañarla.

GAETAN. *(Se dirijen hácia la casa.)*
¿Quieres que te espere?

PAOLO. No.
Ya nos veremos mañana.

GAETAN. Dices bien; la lluvia arrecia,
y yo me voy á la cama.
Buena noche, amigo Paolo.

PAOLO. Buena noche, y sosegada.
(Entra en la casa.)

ESCENA XI.

GAETANO *se dirije á las ruinas, y* NAVARRO *le sale al encuentro muy embozado. De vez en cuando algunos relámpagos.*

GAETAN. ¡Qué aprensiones! No es mal mozo
Paolo; pero á veces anda
con unas delicadezas
ridículas.
NAVAR. Camarada.
GAETAN. *(Retrocediendo.)*
¿Quién es?
NAVAR. No os hagais atrás.
Aunque está sola la playa,
al cerraros el camino
de nada malo se trata,
GAETAN. Apartad de vuestro rostro
el embozo de la capa,
que casi nunca por bien
el hombre su faz recata.
NAVAR. No quiero ser conocido.
¿Es buena razon?
GAETAN. No es mala.
¿Tampoco podré saber
vuestro nombre?
NAVAR. Cosa es clara.
GAETAN. Pues repito que por bien
ninguno su nombre calla.
NAVAR. Pecais ya de impertinente,
y me incomoda esta agua.
Oidme.
GAETAN. Decid.
NAVAR. Para vos
un sugeto de importancia
da esta bolsa, que está llena
de doblas de oro. Tomadla.
(La toma Gaetano.)
Libre queda; nada os debe;
y al mismo tiempo me encarga

que os dé un consejo. No hableis
jamás mal de quien os manda;
que si hay lenguas maldicientes,
tambien las habrá cortadas.

GAETAN. ¡Vive Dios!

NAVAR. No me replique,
que la paciencia me cansa.
Márchese; ya está pagado:
no tiene que pedir nada.
(Se va por las ruinas Gaetano.)

ESCENA XII.

NAVARRO.

Gaetano, pagado vas.
Puesto que el oro te halaga,
ya has recibido tu paga...
Al otro le debo mas.
Muy vil precio ha señalado
á un inmenso beneficio;
pero quien tasa el servicio
queda muy pronto pagado.
El otro no quedará
pagado tan fácilmente.
El otro... Quema mi frente...
El otro... El otro allí está.
Paolo mi vida salvó
en la batalla reñida...
Paolo hoy me quita la vida...
Nada debo á Paolo yo.
Me lleva á tales estremos
esta pasion ciega, ardiente...
Mas oigo rumor de gente...
Hácia aquí viene. Escuchemos.

ESCENA XIII.

NAVARRO *se coloca debajo del arco.*—RUGIERO, *por el lado del rio, acompañado de algunos barqueros.*

RUGIER. Seguidme. Que no se pare
nadie en dando la palmada.
Una buena puñalada,
que no diga «Dios me ampare.»
BAR. 1.° ¿La casa es aquella?
RUGIER. Sí.
BAR. 2.° ¿Debe ser asesinado
quien salga de ella?
RUGIER. Un soldado
es.
BAR. 2.° Pues dejádmelo á mí.
NAVAR. (Muchos asesinos son
para un soldado sin nombre.
¿Quién los pagará? Aquel hombre
con quien tuve aquí cuestion.
¿Quién á tanta villanía
sujetar quiere el destino
de Paolo?... Ya lo adivino...
Uno que quiere á María.
Aquí encuentro, por mi fé,
otro rival importuno.
¿Pero quién es este uno?
Juro á Dios que lo sabré.
Víctima de infame trato,
á Paolo la muerte espera...
Mas ¿qué me importa que muera,
si no soy yo quien le mato?
Vil pensamiento me hirió,
indigno de mi heroismo.
Si hubiera él dicho lo mismo,
ya no viviria yo.
Te arrebata una mujer;
pero es noble y es bizarro.
No dudes, Pedro Navarro,
y cumple con tu deber.)

BAR. 1.° Mucho tarda.
RUGIER. Ya saldrá.
¿Tanto el esperar te enoja?
BAR. 1.° Sí, que la lluvia me moja,
y fresca la noche está.
BAR. 2.° Se conoce que el doncel
no se encuentra mal.
RUGIER. Alerta.
Oigo rechinar la puerta.

ESCENA XIV.

PAOLO, *que sale de la casa y se adelanta lentamente.—* RUGIERO, *que da la palmada y se precipita con los barqueros hácia el soldado.—*NAVARRO *lo cubre con su cuerpo, y detiene á los asesinos con la punta de su espada. Un momento despues* HERNANDO, *espada en mano. Se siguen á largos intérvalos los relámpagos hasta el fin del acto.*

NAVAR. *(Dando un paso.)*
(¡Infame canalla!)
RUGIER. A él.
NAVAR. *(A Paolo.)*
La espada en la mano.
RUGIER. No
lo salvarás.
(Riñen.)
BAR. 1.° Bien menea
el acero.
HERNAN. Se pelea;
¡voto al diablo! aquí estoy yo.
(Acuchillando á los barqueros por la espalda.)
BAR. 2.° Nuevos enemigos vienen.
RUGIER. No importa.
BARQ. 1.° Yo estoy herido.
(Vacilando. Otros le sostienen.)
Salvadme.
HERNAN. Hierro al caido.
BARQ. 2.° Entre dos fuegos nos tienen,

(Se retiran al rio.)

HERNAN. Duro como en una fragua.

BARQ. 1.° *(En la orilla del rio.)*
No puedo resistir mas.

HERNAN. Pues vete con Barrabás.

BARQ. 1.° Muerto soy.

RUGIER. Al agua.

BARQ. 2.° Al agua.

(Arrojan el cadáver al rio y se precipitan tras él.)

ESCENA XV.

NAVARRO, *que se cubre bien con el embozo.*—PAOLO, *que lo mira fijamente.*—HERNANDO, *volviendo del rio.*

HERNAN. Se escapan por piés y manos.

NAVAR. *(A Hernando que se cubre.)*
(Cúbrete con el embozo,
calla, y modera tu gozo.)

PAOLO. Cobardes son los villanos.
¿A quién debo agradecer
tan grande favor?

NAVAR. A un hombre.

PAOLO. Quisiera saber su nombre.

NAVAR. Pues no lo podeis saber.

PAOLO. Así me estimais en poco;
pero insistencia no muestro.
¿Vos querreis decirme el vuestro,
si no os enoja?

HERNAN. Tampoco.

PAOLO. Respeto vuestras razones,
mas mi franqueza os advierte
que me imponeis de esta suerte
pesadas obligaciones.

NAVAR. Lo mejor será olvidar
este pequeño servicio.

PAOLO. No se olvida un beneficio
que no se puede pagar.

NAVAR. Tenedlo como pagado.

PAOLO. Si puedo, lo pagaré.

Mi nombre es Paolo.

NAVAR. Lo sé.

PAOLO. Soy de profesion soldado.

NAVAR. Valiente y buen camarada.

PAOLO. La deuda aquí contraida
os pagaré con mi vida.
Es vuestra desde hoy mi espada.

NAVAR. Basta ya, Paolo.

PAOLO. Señor,
¿no podré saber...

NAVAR. No cejo.

PAOLO. Vos me lo mandais, y os dejo.
(Paolo saluda y se dirige á las ruinas.)

NAVAR. Me hareis en ello favor.
Hernando, tras el doncel
irás á distancia corta.
Guárdalo, porque me importa.
Hay peligro; cuida de él.
(Hernando se marcha tras de Paolo.)

ESCENA XVI.

NAVARRO.

¿Por qué permanezco aquí?
¿En este lugar, qué espero?
¿Sé yo acaso lo que quiero?
No lo sé ¡ triste de mí!
Esa mujer... ¿Por qué dudo?
Ya está mi deuda pagada,
pues contra enemiga espada
á Paolo serví de escudo.
Fué mi fortuna mayor
que la suya, mas propicio
mi hado, pues del beneficio
no sabe á quién es deudor.
Vida con vida pagué...
Fuerza es que esta lucha acabe...
El quién le salvó no sabe;
quién me defendió yo sé.

(Se dirige resueltamente á la casa, llama á la puerta y habla al momento.)
Vive: hasta que brille el sol
no abrais á nadie la puerta.
Preciso es vivir alerta.
Os lo avisa el español.
(Se separa rápidamente de la puerta.)

ESCENA XVII.

NAVARRO *se dirige á las ruinas.*—CESAR *sale de ellas, y se encuentran en el mismo lugar que antes.*

CESAR. Rugiero.
NAVAR. No es.
CESAR. ¿Pues quién es?
NAVAR. Un hombre de mal talante.
CESAR. Que lleva oculto el semblante
con mucho cuidado.
NAVAR. Pues.
CESAR. Solos estamos los dos,
y voy entrando en deseo
de ver esa cara.
NAVAR. Creo
que me pasa lo que á vos.
CESAR. Pues yo no me he de quedar
sin ver lo que tanto ansio.
NAVAR. Fortuna me sobra y brio
para mi intento lograr.
CESAR. Se mejora vuestro humor.
NAVAR. La plática me da gozo.
CESAR. Abajo, pues, vuestro embozo.
NAVAR. El vuestro.
CESAR. Así está mejor.
NAVAR. Obstinado por demas
me pareceis, camarada.
CESAR. Las razones de mi espada
quizás os rindan.
NAVAR. Quizás.
CESAR. Reñiremos.
NAVAR. Eso es.
Mas si á mis plantas os postro
muerto, no vereis mi rostro.

CESAR. Correis igual riesgo.
NAVAR. Pues.
Tanta es mi curiosidad,
que os propongo un buen partido.
CESAR. ¿Es igual?
NAVAR. Sí.
CESAR. Está admitido
con la mejor voluntad.
NAVAR. Para que se queden claras
nuestras dudas, á la vez
los dos, con impavidez,
descubramos nuestras caras.
CESAR. Modo es de lograr el fin,
aunque en estremo bizarro.
NAVAR. A la vez.
(Se desembozan.)
CESAR. *(Con falsa sonrisa.)*
Pedro Navarro.
NAVAR. *(Idem.)*
César Borja el Valentin.
CESAR. Mucho rondais esta playa.
NAVAR. Duque, si no me equivoco,
no la rondais vos muy poco,
y el lance en chistoso raya.
CESAR. Fama de galanteador
teneis, y el pueblo asegura
que vive aquí una hermosura.
NAVAR. No es vuestra fama mejor.
Y el pueblo dice tambien
que á vuestros males remedios
dais, sin reparar en medios.
Duque ¿dice el pueblo bien?
CESAR. El vulgo es necio, y así
dá neciamente la fama.
¿Y vos rondais á la dama
hermosa que vive aquí?
NAVAR. ¿Buscábais vos á Rugiero,
el cobarde, el asesino,
para saber el destino
de un soldado?
CESAR. Caballero.
NAVAR. Es una pregunta.
CESAR. A mí

me gusta hablar con franqueza.
¿Rondais vos á esa belleza?

NAVAR. *(Vacilando.)*
Duque...

CESAR. Habladme claro.

NAVAR. *(Tomando una resolucion.)*
Sí.

CESAR. Soy vuestro competidor.

NAVAR. A competir me acomodo.

CESAR. Estoy decidido á todo.

NAVAR. Compitamos con valor.

CESAR. ¿Ha de ser?...

NAVAR. Como querais.

CESAR. ¿Traidora ó galana guerra?

NAVAR. Ninguna, Duque, me aterra,
y os haré la que me hagais.

CESAR. Guerra galana.

NAVAR. Me allano.

CESAR. *(Tendiéndosela.)*
Esta es mi mano.

NAVAR. *(Sin tomarla.)*
Prolija
empresa.

CESAR. ¿Qué?...

NAVAR. Una sortija
suele llevar esa mano.

CESAR. ¿Y qué?...

NAVAR. La plebe insensata,
sin reparar en su brillo,
solo cuenta que el anillo...

CESAR. Acabad, Navarro.

NAVAR. Mata.
Cuentos del vulgo serán;
pero en algunos momentos
justo es contar con los cuentos.

CESAR. *(Quiere irse.)*
Hasta mas ver, capitan.

NAVAR. Sigo vuestros pasos.

CESAR. ¿Sí?
Ese proceder me obliga.

NAVAR. No quiero que nadie diga
que queda el campo por mi.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El interior de una casa humilde, y muy pobremente amueblada. Una puerta en el fondo y dos colaterales.

ESCENA PRIMERA.

MARIA.—MAGDALENA, *aparecen hincadas de rodillas ante una imágen de la Vírgen: un momento despues se levantan y se sientan en dos sitiales próximos á una mesa, sobre la cual arderá una lámpara muy pobre entre dos canastillos de labor.*

MAGD. Ya hemos rezado tres salves
á nuestra Santa Madona,
madre del niño Jesus
y del hombre protectora.
Despues de estas devociones,
hija querida, nos toca
trabajar hasta que demos
por terminada esta obra.
(Cogiendo un canastillo.)

MARIA. Sí, madre mia, el trabajo
no siente el alma devota;

que la oracion á Dios hecha,
consuela á un tiempo y conforta.
(Cogiendo su canastillo.)
Pero no con tanto afan
tomeis el trabajo ahora,
que han cansado vuestra vista
los años y las conjogas.
Descansad mientras yo velo;
Dejadme trabajar sola,
que para mis pocos años
no es la tarea penosa.

MAGD. No permita Dios que deje
de trabajar ni una hora,
en tanto que tenga fuerzas,
y á fé que no tengo pocas.
Mi vista no está tan mala,
y pues que aliento me sobra,
yo quiero ganar el pan
que he de llevarme á la boca.

MARIA. Madre mia...

MAGD. Cuando sea
vieja, cuando esté achacosa,
comeré el pan que tú ganes,
teniéndolo á mucha gloria;
pero ya que la vejez
todavía no me acosa,
quiero tener el orgullo
de que me basto yo propia.
Y si, lo que Dios no quiera
ni la Vírgen mi señora,
la enfermedad marchitara
de tus megillas las rosas,
aun tengo fuerzas bastantes
para ganar con que comas,
y valor para pedir
una bendita limosna.

MARIA. Me haceis llorar, madre mia,
y las lágrimas que brotan
de mis ojos son tan dulces
que el corazon desahogan.
Pero no permitirá
esa Vírgen, mi patrona,
que de situacion tan triste

toquen mis lábios la copa.
Salud completa mi cuerpo,
gracias á los cielos goza,
y al alma, siempre tranquila,
ningun pensamiento agovia.
Contenta y feliz me encuentro
en esta rústica choza,
y la luz de la esperanza
mis horizontes colora.
Yo con toda el alma os quiero,
vos me cuidais cariñosa,
y siempre bien nos hallamos
conversando una con otra.
Desechad esos temores.

MAGD. Muy bien; doblemos la hoja;
mas para matar el tiempo,
hablaremos de otra cosa.
¿Quién seria aquel, que anoche
dijo con voz firme y bronca...
«¡Vive; hasta que brille el sol...!»
Voy perdiendo la memoria.

MARIA. «No abrais á nadie la puerta.»

MAGD. Cierto. Debió estar de broma
algun barquero, y creyó
que éramos, hija, medrosas.
Miedo nosotras... ¿Por qué?
En esta playa nos honran
todos: todo el bien hacemos
que depende de nosotras.
No tenemos enemigos,
y nadie nos incomoda,
¿Piensas como yo?

MARIA. Sí, madre.
(La ocultaré mi zozobra,
y que conserve la paz
de que mi pecho no goza.)

MAGD. ¿Te has quedado pensativa?
No abrigues temores, tonta,
que Dios es buen protector,
y Dios está con nosotras.
¿Escuchas?

MARIA. Abren la puerta.

MAGD. Será Paolo; ya es su hora.

ESCENA II.

MARIA.—MAGDALENA.—PAOLO.— GAETANO, *por el foro.*

PAOLO. Buenas noches, madre mia.
Dejad que os bese la mano.
MAGD. Tómala. Señor Gaetano...
(Paolo besa la mano de Magdalena.)
PAOLO. Muy buenas noches, María.
(María trae sitiales á Gaetano y á Paolo.)
GAETAN. Si os causo incomodidad...
MAGD. Sentáos. Anda en esta casa
la comodidad escasa;
pero hay buena voluntad.
¿Qué de bueno por aquí
anuncia vuestra venida?
GAETAN. Anuncia mi despedida.
MAGD. ¿Os marchais de Roma?
GAETAN. Sí.
Se encuentra en nuevo belen
la napolitana tierra,
y marchamos á la guerra.
MARIA. ¿Tú tambien, Paolo?
PAOLO. Tambien.
MAGD. Qué gana de combatir
por defender vanos nombres.
¿Por qué se matan los hombres
si todos han de morir?
MARIA. Madre mia...
MAGD. Yo no digo
que hayan de encontrar la muerte
todos: muchos hay con suerte,
y Gaetano es buen testigo.
Él, llevando esas divisas,
ha escalado cien murallas.
GAETAN. *Y he reñido mas batallas*
que me he mudado camisas.
Tuve en la guerra deleite
antes de rayar en viejo;

pero á fé que mi pellejo
no sirve ya para aceite.

MAGD. ¿Os va faltando el valor?

GAETAN. Nunca, ¡ voto al mar salobre !,
y cuando se bate el cobre,
lo bato de lo mejor.
Nunca al peligro la faz
vuelvo, aunque quiero, y es llano,
como todo fiel cristiano,
más que la guerra la paz.

MAGD. Haceis bien.

GAETAN. No piensa así
Paolo. El bronce no le aterra,
y suspira por la guerra.

MARIA. ¿Tan mal te encuentras aquí?

PAOLO. No, María; pero quien
por patrimonio y oficio
tiene el marcial ejercicio,
busca en él todo su bien.

MARIA. Busca el claro resplandor
de una brillante victoria,
y da á los sueños de gloria
su vida entera, su amor.
Ese entusiasmo marcial
de todo afecto se olvida;
es la esperanza y la vida.

PAOLO. Me has comprendido muy mal.
No trata el pobre soldado
de llegar á gran caudillo;
no ama de la gloria el brillo,
ni ansia el laurel codiciado.
En su pobreza procura
conquistar en buena guerra
algun pedazo de tierra...

MARIA. Donde abrir su sepultura.

PAOLO. donde alzar una cabaña,
que le dé seguro abrigo,
próxima á un campo de trigo,
limpio de toda cizaña,
donde pueda recojer
en familia cariñosa
á una madre y á una esposa,
y vea mis hijos crecer.

Esta es mi ambicion, María;
esta es la gloria que adoro,
este es el laurel de oro,
que busco con tal porfía.
Despues de esta esplicacion
sencilla, de verdad llena,
si á ello te atreves, condena
el vuelo de mi ambicion.

MAGD. Qué ha de condenar, si eres,
hijo, el mas honrado mozo...
Yo estoy llorando de gozo...
¡Ay! Paolo, mucho nos quieres.

MARIA. Tengo respuesta cumplida,
aunque te parezca estraña.
Quiero mas pobre cabaña
y mas segura tu vida.
Esta es la contestacion,
que el corazon dá en el pecho;
pero ya el mal está hecho...
Fé en Dios y resignacion.

GAETAN. *(Á Paolo, un tanto enternecido.)*
El tiempo se vá pasando,
y tú muy despacio estás.

PAOLO. *(Levantándose.)*
Vámonos.

MARIA. *(Levantándose y reprimiendo el llanto.)*
Paolo, ¿te vas?

PAOLO. *(Tristemente.)*
Sí.

MARIA. Adios.
(Se vá por la puerta izquierda.)

PAOLO. Me dejas...

GAETAN. Llorando.

ESCENA III.

MAGDALENA.—PAOLO.—GAETANO.

PAOLO. Gaetano.

GAETAN. La retirada
tan duro trance aconseja.
¿No ves á esa pobre vieja

llorando desconsolada?
En tus mejillas se ven
lágrimas en testimonio
de dolor. ¡Voto al demonio!
que voy á llorar tambien.
No hay mas que hablar: esto es hecho.

MAGD. ¡Ay!

GAETAN. Señora Magdalena,
basta de llanto y de pena.
El volverá pronto. Pecho.

MAGD. Me dice mi corazon
que has de volver á estas playas.

PAOLO. Adios; madre.

MAGD. No te vayas
sin llevar mi bendicion.
(Paolo se arrodilla.)
Dios te ofrezca todo bien
en pago de tu fatiga.
Dios te ampare y te bendiga
como te bendigo.

GAETAN. Amen.
(Se levanta.)

MAGD. Cuidad mucho de él, Gaetano.
Haced las veces de padre.

PAOLO. Cuidad de María, madre.

MAGD. Adios.

PAOLO. Antes vuestra mano.
(Se la besa. Se van Paolo y Gaetano por el foro.)

ESCENA IV.

MAGDALENA.

¡Pobre mozo! Guerra impía
que inventa ambicion sañuda,
tú me dejaste viuda
y huérfana á mi María.
El peligro de su amor
llora... Voy á consolarla...

No; mejor será dejarla
á solas con su dolor.
Cuando el alma de la pena
al rudo peso se encorba,
toda compañía estorba,
toda soledad es buena.

ESCENA V.

MAGDALENA.—NAVARRO.—HERNANDO *con capas.*

NAVAR. ¡Ah de casa!
MAGD. ¿Quién?
NAVAR. Soldados
del ejército de Nápoles.
MAGD. Bien venidos; dos asientos
pueden tomar, si les place.
NAVAR. ¿Vos conoceis á una jóven
de hermoso y dulce semblante,
y dulce nombre!
MAGD. ¿María?
NAVAR. Justamente.
MAGD. Soy su madre.
NAVAR. ¿Entonces sois la viuda
de un soldado, que su sangre
derramó, sirviendo al rey
de Aragon, en los combates?
MAGD. La misma soy. ¿Qué habeis hecho?
(Navarro y Hernando se quitan las gorras.)
NAVAR. ¿Qué? Descubrirnos delante
de la que fué de un valiente
esposa ante los altares.
¿No es esto, Hernando?
HERNAN. Sin duda.
Nos llamamos á la parte,
y así hacemos al difunto
los honores militares.
NAVAR. Bien dicho.
HERNAN. Habla bien quien habla
muy poco, rogado y tarde.

MAGD. Me honrais con tantos favores.
¿Mas podré saber qué os trae
por esta casa?
NAVAR. (Habla, Hernando.)
HERNAN. *(A Navarro.)*
(Yo no sé mentir.)
MAGD. Y antes
tomad asiento.
(Se sientan.)
NAVAR. Señora...
(A Hernando.)
(No contaba con hallarme
en este apuro. Habla tú.)
HERNAN. *(A Navarro.)*
(Si hablo, doy con todo al traste.)
MAGD. Podeis hablar sin reparo,
pues no nos escucha nadie.
NAVAR. Hay un soldado, con quien
debe María casarse,
y ese soldado de Roma
debe estar algo distante.
MAGD. No mucho.
NAVAR. ¿Cómo?
MAGD. Hace poco
que traspasó esos umbrales
para tomar el camino,
y unirse á sus estandartes.
NAVAR. Segun le dieron las órdenes,
debió salir esta tarde;
pero no habrá mal en ello,
como ya en marcha se halle.
¿Le acompañaba Gaetano?
MAGD. Sí. Le quiere.
NAVAR. Ese tunante
no tiene mas Dios que el oro.
MAGD. No hableis mal de él.
NAVAR. Aunque hable
bien, no se mejorará.
Prescindo de él, y adelante.
Yo, señora, obligaciones
debo á Paolo, y son muy grandes;
pero saldarlas no quiere,
aunque yo quiero pagarle.

Así, pues, vengo á deciros
dos cosas muy importantes.
En primer lugar, si alguno
ofenderos intentase,
ausente Paolo, de España
en la embajada buscadme,
y tendrá que arrepentirse
mil veces quien os agravie.

MAGD. ¿Preguntaré...?

NAVAR. Por Hernando

MAGD. ¿Hernando, de qué...?
(Vacila Navarro.)

HERNAN. De Caspe.
(Diré mi apellido, ya
que mi nombre sacó al aire.)

MAGD. *(A Navarro.)*
No olvidaré vuestro nombre.

NAVAR. Voy á la segunda parte.
Este bolsillo contiene,
señora, algunos metales
que os doy en nombre de Paolo,
y, como suyo, aceptadle.
(Deja el bolsillo sobre la mesa.)

MAGD. Hernando, sois el primero
que se ha atrevido á agraviarme,
y de vos mismo á vos mismo
daré mis quejas formales.
Retirad ese presente,
que es un verdadero ultraje,
porque mi trabajo cubre
todas mis necesidades.
Y comprended, que si Paolo
fuera quien lo presentase,
de mis labios obtendria
respuesta muy semejante.

NAVAR. Señora...

HERNAN. *(Tomando el bolsillo, y dándoselo á Navarro.)*
Dice muy bien,
segun mis cortos alcances,
y por Santiago sostengo
que se esplica como un ángel.

NAVAR. Mi intento no fué agraviaros;
si os ofendí, perdonadme.

MAGD. Agradezco la intencion,
aunque el don tan mal me cuadre.
¿Os queda mas que decirme?
NAVAR. Nada, y voy á retirarme.
(Se levantan.)

ESCENA VI.

MAGDALENA.—NAVARRO.—HERNANDO.—BARQUERO 2.°, *que se presenta por el foro.*

BAR. 2.° Mi señora Magdalena.
(Navarro y Hernando se recatan un poco.)
MAGD. Entrad.
BAR. 2.° Se encuentra en un grave
conflicto la pobre Blanca,
y me ha mandado que os llame.
MAGD. ¿Qué tiene?
BAR. 2.° Se está muriendo,
señora, su anciano padre.
MAGD. Decidla que iré.
BAR. 2.° Es preciso
que le acudais cuanto antes.
MAGD. No tardaré.
BAR. 2.° La noticia
voy á darla.
(Se vá.)

ESCEA VII.

MAGDALENA.—NAVARRO.—HERNANDO.

MAGD. Dispensadme;
pero me tiene esta gente
por doctor un tanto hábil,
y detenerme no puedo
siendo el peligro tan grande.
NAVAR. La noche es bastante oscura.

Permitid que os acompañe.
MAGD. Es inútil.
NAVAR. En tal caso,
¿permitireis que os aguarde?
MAGD. Podré tardar.
NAVAR. No me importa.
MAGD. Si lo quereis, esperadme.
Alli se encuentra mi hija.
Soldados, que el cielo os guarde.
Si obrais bien, que Dios os premie,
y sino, que os lo demande.
(Se vá.)

ESCENA VIII.

NAVARRO.—HERNANDO.

NAVAR. ¿Has visto, Hernando, mujer
mas digna y mas respetable?
HERNAN. No, capitan; y por Dios
que he tenido mis arranques
y la verdad en mis labios
entre si sale ó no sale.
NAVAR. Hernando, yo no he mentido.
HERNAN. Poco menos ¡voto al diantre!
Todas esas distinciones
son sutilezas de fraile.
Mas vamos á lo que importa.
¿Qué pensais hacer?
NAVAR. No es fácil
que yo te responda.
HERNAN. Entonces
me sentaré, sin que os falte
al respeto; y si me duermo
y hay camorra, despertadme.
NAVAR. No, Hernando, vas á salir
de aquí; conoces mis planes,
y, si de tí necesito,
acudirás como sabes.

HERNAN. ¿Os quedais solo con ella?
NAVAR. ¿Qué hay en ello que te enfade?
HERNAN. Nada, señor capitan.
Pero os digo con la madre:
si obrais bien, que Dios os premie,
y si no, que os lo demande.
(Se va por el foro.)

ESCENA IX.

NAVARRO.

»Allí se encuentra mi hija.»
(La mano sobre el corazon.)
Y aqui de amor la centella.
»Os quedais solo con ella.»
(La mano sobre la frente.)
Y aqui bulle mi idea fija.
Quieren que á mi pasion rija:
pretenden que á mi amor mande.
El sacrificio es muy grande,
por mas que el deber me apremie.
»Si obrais bien, que Dios os premie,
y si no, que os lo demande.»
¿Qué es obrar bien, que obrar mal?
Responde, severo juicio.
Obrar bien el sacrificio
es mas grande y sin igual.
Es que respete leal
á esa inocente mujer.
Obrar mal es pretender
lograr cuanto el alma ansia...
¿Quién vencerá en tal porfia,
el corazon ó el deber?
Muy grave es la obligacion,
la pasion tambien es mucha,
y están en abierta lucha
el deber y la pasion.
¿A dónde vas, corazon,
si sigues tu impulso fiero?

¿Razon, si tu auxílio espero,
que haré del mal que me aqueja?
¡Ay! la razon me aconseja
que atienda al deber primero.
Es fuerza que muera en mí
este volcan que me abrasa.
Soy el guardian de esta casa,
y no el ladron que entra aquí.
Debo respetarla, sí;
tengo empeñada mi fé.
¿Pero he de morir? ¿Por qué?
Pierdo mi libre albedrio.
Aconsejadme, Dios mio.
Yo aconsejarme no sé.
Yo vine aquí con intento
de guardarla de un malvado.
Yo mi honor tengo empeñado,
y sufro crudo tormento.
En combate tan violento
¿cuál triunfará de los dos?
»Si obrais bien, que os premie Dios.»
Es tan sagrado este nombre.
Pero si obro mal...

ESCENA X.

NAVARRO.—MARIA, *que ve al capitan por la espalda.*

MARIA. ¡Un hombre!
¿Quién es?...
NAVAR. *(Volviéndose.)*
Yo soy.
MARIA. *(Con dignidad.)*
¿Quién sois vos?
NAVAR. Bien sabeis quién soy, señora.
Y aunque me dais al olvido
pronto, me habreis conocido,
y me conoceis ahora.
Soy el hombre que os adora
con un entusiasmo loco.

¿No me conoceis tampoco?

MARIA. Os conoce mi cuidado,
para temer demasiado,
para confiar muy poco.
¿Cómo os encontrais aqui?
¿Qué ha sucedido, qué pasa,
para que esteis en mi casa
solo, tan cerca de mí?
Humildemente os pedí
que huyérais de mi camino;
y, por mi fatal destino,
aqui llegais sin razon
con astucias de ladron
y misterios de asesino.
De los dos lo cauteloso
adunais, por mi desdicha;
venis á matar mi dicha
y á robarme mi reposo.
Yo os creí mas generoso,
y os juzgué mal desde luego.
De nada sirvió mi ruego;
pues, para aumentar mis males,
ya pasais esos umbrales
falto de memoria y ciego.
Tengo una madre, señor,
en mi lealtad confiada,
que es muy buena, muy honrada,
muy celosa de mi honor.
Que no os vea, por favor,
ya que por desdicha os ví.
Dejadme al momento, sí,
y que esta súplica os cuadre.

NAVAR. Me dejó aquí vuestra madre,
y debe encontrarme aquí.

MARIA. ¿Mi madre? Yo no os comprendo.

NAVAR. ¿Qué hay en ello que os asombre?

MARIA. ¿Mi madre está?...

NAVAR. Junto á un hombre
viejo, que se está muriendo.

MARIA. Repito que no os entiendo.

NAVAR. En su auxilio la han llamado.
Yo me encontraba á su lado,
y al separarnos, María,

vuestra madre, á instancia mia,
su casa me ha confiado.
Ya sabeis el por qué y cómo
á vuestro lado me encuentro;
yo nunca por fuerza entro,
ni libertades me tomo.
Cuando mi pasion no domo,
ennoblezco mi pasion.
Ya teneis esplicacion
de quien á esta casa vino
sin misterios de asesino,
sin astucias de ladron.

MARIA. No sé cómo habeis entrado,
con qué motivo ó pretesto;
qué causas habeis espuesto,
qué razones habeis dado.
No le quitais lo fundado
á lo vivo de mi afan.
Malas razones serán...
vuestro silencio lo prueba
y ese pecho, que no lleva
la banda de capitan.
¿A mi madre, por ventura,
contásteis vuestra prolija
insistencia? ¿De su hija
encomiásteis la hermosura?
¿Dijisteis que mi ternura
pensais conquistar asi?
¿La habeis hablado de mí
como amante?

NAVAR. Qué sé yo.

MARIA. ¿Luego habeis mentido?

NAVAR. No.

MARIA. ¿La habeis engañado?

NAVAR. Sí.

MARIA. Sois muy culpable.

NAVAR. Quizás.

MARIA. Y muy poco generoso.

NAVAR. Vine con un fin honroso...
No pretendais saber mas.

MARIA. Pues olvidadme.

NAVAR. Jamás.

MARIA. Dejadme.

NAVAR. No puedo ahora.
MARIA. Esta huérfana os implora.
NAVAR. Me manda quedar mi amor.
MARIA. Dejadme sola, señor.
NAVAR. Me es imposible, señora.
MARIA. Con el ruego mas ferviente
que os marcheis de aquí reclamo.
Ya sabeis que á un hombre amo.
NAVAR. Sé que de Roma está ausente.
MARIA. Mi corazon lo desmiente.
NAVAR. No turbará su presencia
esta amarga conferencia.
MARIA. Eso no importa. Marchad,
pues le debo mas lealtad
y mas amor en su ausencia.
NAVAR. No hableis mas de él; yo os lo ruego.
Comprended que sufro mucho,
que con mis tormentos lucho,
que el amor es loco y ciego.
Comprended que tanto fuego
no apaga humano valor.
Comprended que ese rigor
mas me enardece é inflama;
que, quien da celos, la llama
aumenta mas del amor.
Ese rostro con placer
contemple aflable y sereno,
y seré todo lo bueno
que un celoso pueda ser.
Tan grande es vuestro poder,
que contra mi amor combato.
No es tan loco mi arrebato,
tan ciego mi frenesí.
Bien podeis dejarme aquí.
Yo de ofenderos no trato.
Mi insistencia perdonad,
y seguid este consejo.
MARIA. Pues bien, capitan, os dejo
en entera libertad.
Aquí á mi madre esperad,
ya que en su casa os dejó.
Si en vuestra lealtad fió,
alarde haced de hidalguía.

Adios, pues.

NAVAR. Adios, María.

MARIA. ¿Quedais ofendido?

NAVAR. No.

(María se pasa á su cuarto.)

ESCENA XI.

NAVARRO.

Lucha mas, corazon mio;
lucha mas; rómpete y vence,
que en cien trances has buscado
ó la victoria ó la muerte.
Pero de una vez decídete,
y no vaciles mil veces,
que el dolor es menos crudo,
cuando está fija la suerte.
Si no puedes renunciar
á su amor, firme mantente;
y si has de ceder al fin,
sin mas dilaciones cede.
Tú mismo agitas las olas,
sirviéndolas de juguete,
y suspiras por la playa,
cuando la mar se enfurece.
para llegar hasta ella,
corazon, finjes ó mientes;
y ante su altiva mirada
á su ruego retrocedes.
Sentimientos generosos
y planes hidalgos tienes;
pero las pasiones rujen,
y entre sus ondas se pierden.
Cuando te precias de honrado
te calumnian por aleve,
y cuando hácia el mal te inclinas
es cuando mas te encarecen.
Decídete, corazon;
dí de una vez lo que quieres,

y peca de criminal
antes de pecar de débil.
¿Has hecho que marche Paolo
porque su presencia temes,
ó así has encontrado el modo
de salvarle y defenderle?
Si lo primero, aprovecha
que esté tu rival ausente;
si lo segundo, no dudes,
y con franqueza proteje.
Si para salvar á Paolo
te colocas frente á frente
de César Borja, preciso
es que tus labios se sellen.
Y si como á tu rival
vencer á César pretendes,
allí tienes á María,
solo estás, á todo atrévete.
Siempre dudando... Recobra,
corazon, tu antiguo temple;
de una vez rompe los diques,
ó por lo menos no tiembles.

ESCENA XII.

NAVARRO.—CÉSAR *por el foro, embozado.*

CESAR. Capitan!
NAVAR. *(Con fingida jovialidad.*
¿Quién?... Duque.
CESAR. *(Idem.)*
Os veo
en posesion de la plaza,
y esto mi plan embaraza
medianamente.
NAVAR. Lo creo.
CESAR. Fama de buen sitiador
teneis, audaz y felice;
pero la fama no dice
si sois tan buen defensor.

NAVAR. Por fortuna ó heroismo
me han dado el laurel mural:
si defiendo bien ó mal
podreis juzgar por vos mismo.
CESAR. Respeto vuestro valor,
y os juro por vida mia,
que hallar la plaza querria
sin tan firme defensor.
NAVAR. Siento causaros afan
en mis murallas famosas;
mas debeis tomar las cosas
en el estado en que están.
CESAR. Quisiera cambiarlas...
NAVAR. ¿Si!
Pues ya no tienen remedio.
CESAR. A mí se me ocurre un medio.
NAVAR, ¿Cuál es?
CESAR. Que os marcheis de aquí.
NAVAR. Discurrid otro mejor,
porque yo no puedo irme,
para probar lo de firme
sino sábio defensor.
CESAR. Pues que os empeñais, os dejo
obrar á vuestra manera.
Pero ante todo quisiera
que me diéseis un consejo.
NAVAR. Si así lo quereis, decid.
CESAR. Si un jefe dos medios tiene,
¿á qué apelar le conviene,
á la fuerza ó al ardíd?
NAVAR. Para que el plan no se tuerza,
debe un experto guerrero
usar el ardid primero,
y si este falta, la fuerza.
CESAR. Me place vuestra opinion,
y así de seguirla trato.
Podemos tener un rato
de buena conversacion.
NAVAR. El parlamento no cierro;
pero observad que en la lid
hay ardid contra el ardid,
y contra la fuerza hierro.
CESAR. Todo lo tengo pensado.

NAVAR. Sois hombre muy previsor.
CESAR. La prudencia y el valor
debe adunar el soldado.
NAVAR. Tambien es máxima mia;
y, pues la sabeis, me ahorro
de enseñárosla.
MARIA. *(Dentro.)*
¡Socorro!
NAVAR. ¿Qué es eso?
CESAR. El ardid.

ESCENA XIII.

NAVARRO.—CESAR.—MARÍA, *por la puerta izquierda muy azorada, y que fluctúa entre acogerse al capitan ó al Duque, hasta que el primero la cubre con su cuerpo, y desnuda la espada.*—RUGIERO Y ALGUNOS BARQUEROS *siguen á la jóven con los puñales en la mano.*

NAVAR. ¡María!
(Momento de silencio.)
CESAR. Conviene tener prudencia,
guerrero esperimentado.
La hora de fuerza ha llegado.
NAVAR. *(Con altivez.)*
Y tambien de resistencia.
CESAR. Muchos estamos, y os pido
paciencia en este momento.
NAVAR. Nunca mis contrarios cuento;
nunca los peligros mido.
CESAR. A vuestro valor no falto,
y vuestra altivez perdono.
NAVAR. Cuando hay peligro, mi tono
es mas solemne y mas alto.
CESAR. Es necia vuestra porfía;
son vanos vuestros furores.
(Se oye un silbido.)
NAVAR. *(Cambiando de tono, bajando la punta de la espada y separándose de María.)*
Os sobra razon. Señores,
llevadla, pues.
MARIA. ¡Madre mia!

ESCENA XIV.

NAVARRO.—CESAR.—MARÍA, *á quien rodean* RUGIERO *y los* BARQUEROS, *y la conducen hácia la puerta. Luego que la abren, aparece* HERNANDO *con algunos soldados españoles armados de mosquetes; momentos despues se presentan en la puerta de la izquierda otros soldados españoles armados de la misma manera. Hernando se coloca al lado de María, y los barqueros retroceden.*

NAVAR. Duque, ardid contra el ardid.
Fuerza á fuerza. A todas luces
perdereis. Traen arcabuces.
¿Quereis empeñar la lid?
CESAR. *(Con sarcasmo.)*
Perdida está la campaña;
mas la lucha cuerpo toma.
Yo soy el dueño de Roma.
NAVAR. *(Con frialdad.)*
Y yo un capitan de España.
CESAR. Me doy por vencido.
NAVAR. Bien.
Hernando, nada te digo.
HERNAN. Señora, venid conmigo.
MARIA. *(A Navarro.)*
¿Y me robais vos tambien?
NAVAR. *(Con fingida dureza.)*
Sí: las súplicas son vanas.
MARIA. Tengo una madre.
NAVAR. No cejo.
HERNAN. Venid: os conduce un viejo,
y tienen honra mis canas.
(Arrastra á María suavemente. Los soldados salen á un gesto de Navarro, y los barqueros á otro de César.)

ESCENA XV.

NAVARRO.—CESAR.

CESAR. Soís un hábil defensor,
con astucia y heroismo.
NAVAR. Viéndolo por uno mismo,
se juzga siempre mejor.
Asi la fama no aumenta,
ni la mentira se forja.
CESAR. Os la habeis con César Borja.
NAVAR. Ya tengo echada mi cuenta.
CESAR. Aunque con fortuna escasa
he combatido, no cedo.
Vámonos juntos.
NAVAR. Me quedo.
Soy el guardian de esta casa.
(César sale. Navarro se emboza en su capa, y se reclina en un sitial.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una gran sala en el palacio de la embajada de España, con dos puertas colaterales y una en el fondo. Una lámpara alumbra la escena, y se vén en desórden picas, arcabuces, espadas y piezas de armaduras.

ESCENA PRIMERA.

HERNANDO, *cruzado de brazos delante de la puerta de la izquierda, que estará cerrada.*

Reniego un millon de veces
de mi pícara fortuna,
mas negra cuantos mas pasos
doy hácia la sepultura.
Ahí llora esa pobre niña,
y aquí este soldado suda,
convertido en carcelero
sin necesidad ninguna.
Asi llevamos dos horas,
y el capitan no se apura
por venir, sin que le importen
ni mi inquietud ni su angustia.
¿Qué hará? Quién sabe. Tal vez

á mandobles con la turba
de barqueros andará,
lidiando en desigual lucha.
Hice muy mal en dejarle
solo; pero el que acostumbra
á obedecer, la consigna
dada no quebranta nunca.
Pues si lo encuentra al llegar
á su casa la viuda,
tendrá que darle las gracias
por su bizarra conducta.
Maldito seas, amor.
Que así un soldado de punta
por tí á su palabra falte,
y de vergüenza se cubra.
¡Pobre anciana! Quiera el cielo
que de estos umbrales huya,
que de mi nombre se olvide,
que verme no se le ocurra.

ESCENA II.

HERNANDO.—MAGDALENA *en la puerta del foro, sin conocer á* HERNANDO.

MAGD. ¿Decidme, señor soldado,
y perdonad mi pregunta,
si el buen Hernando de Caspe
está, pues vengo en su busca?
HERNAN. (Es ella. Lo que temia,
MAGD. *(Adelantándose tímidamente.)*
¿No me respondeis?
HERNAN. (La culpa
me tengo yo de seguir
tan pesadas aventuras.
¿Y qué respondo? Si digo
que no está, miento. Confunda
Dios al que, débil, se emplea
en hacer tales locuras.)
MAGD. *(Tocando á Hernando.)*
Señor soldado.

HERNAN. (*Volviéndose.*)
Señora.
MAGD. ¡Ah! sois vos; la bondad suma
de Dios hace que os encuentre
en tan grande desventura.
¿Dónde está Hernando de Caspe?
HERNAN. (Esas lágrimas me turban.)
Señora, mi compañero
no ha venido, y es la una.
Yo lo dejé en vuestra casa.
¿Le habeis visto? ¿Por qué inunda
el llanto vuestro semblante?
MAGD. Porque la pena me abruma.
Tengo, señor, una hija,
mi solo bien y mi única
esperanza, á quien el cielo
dió peregrina hermosura.
Funesto don para quien
ha nacido en pobre cuna.
Un malvado, codicioso
de flor tan cándida y pura,
marchitando los laureles
que su hidalga frente ilustran,
la ha robado de mi casa
entre las sombras nocturnas.
Hernando de Caspe y vos
quedásteis con ella; trunca
el dolor mis pensamientos...
y el robador aseguran
que es el capitan de España
Pedro Navarro. ¿No es justa
mi indignacion? ¿No hay motivo
para que yo ponga en duda
vuestra lealtad? Respondedme.
Callais: vuestra faz me anuncia
que no tienen vuestros labios
á manos una disculpa.
¡Oh! vos sabeis donde está
mi hija. Vuestra frente mústia
me lo dice. Quiero verla;
no desatendais mi súplica.
Temeis quizás que os castiguen.
Bien; no quiero ser injusta,

aunque vuestra falta es grande,
aunque mi inquietud es mucha.
Pero á vuestro compañero
llevadme, sin mas escusas;
pediré á Hernando de Caspe
que me vengue de esta injuria.

HERNAN. (Que venga Pedro, Dios mio,
si no quiere que descubra
su infamia; no puedo mas
sostener guerra tan cruda.)

MAGD. Callais... Fueron sus promesas
un vil engaño, una burla
hecha á una madre, y vos fuisteis
cómplice de su impostura.
Mirad que sois un anciano,
mirad que os llama la tumba,
y que hay un Dios en el cielo,
cuya magestad augusta
á quien obra mal castiga,
y á quien obra bien encumbra.

HERNAN. Señora...

MAGD. Estais conmovido.
Hablad: la madre os escucha,
y no ahogueis del corazon
la noble voz que os impulsa.
Vais á decirme...

HERNAN. Silencio.
(Señalándole á Navarro.)
Haced que su oferta cumpla.

ESCENA III.

HERNANDO.—MAGDALENA.—NAVARRO *por la puerta del foro.*

MAGD. *(A Navarro.)*
Hernando...

NAVAR. (Sigue en su error.)
¿Venís á pedirme cuenta
de la recibida afrenta,
poniendo en duda mi honor?...
No hay duda mas natural;

mi posicion no rehuso.

MAGD. Todavía no os acuso,
si os conjuro á ser leal.
Os reclamo un proceder
tan noble como bizarro.
¿Qué es de mi hija?

NAVAR. Navarro
la detiene en su poder.
Esto os han dicho, señora,
con hipócrita malicia;
para fallar en justicia,
prestadme atencion ahora.
Vuestra casa prometí
guardar á fé de soldado,
y, cumpliendo lo jurado,
ahora me aparto de allí.
Mas exactitud no cabe,
si fué formal el empeño.
Supe que estaba su dueño
aquí, y le traigo la llave.
De una manera prolija
os refiero lo que pasa.

MAGD. No os pregunto por mi casa,
que os pregunto por mi hija.

NAVAR. Veis tan claro como el sol,
pues es lo que os han contado,
que vilmente la ha robado
un capitan español.
De ello os han hecho comento;
de buena tinta lo sé:
yo la verdad os diré,
y vendrá por tierra el cuento.
Este se fué; yo agitado
paseaba por allí,
cuando la puerta sentí,
y ví entrar un embozado.
Quitó de la faz su capa,
y era, quien el cuento forja
que os han dicho, César Borja,
hijo segundo del Papa.
Cambiamos nuestras razones,
y mas festivas ó mas necias,
mas blandas ó mas recias

mediaron contestaciones.
César Borja pretendia,
con un fin muy poco honesto,
que yo abandonára el puesto
para llevarse á María.
Yo, con fines mas leales,
resistí con arrogancia...
María salió de su estancia,
y tras ella, con puñales
cuatro barqueros menguados,
de pensamientos mezquinos,
contumaces asesinos
por César Borja pagados.

MAGD. ¿Vos qué hicisteis?

NAVAR. Resistir
era insensata porfía,
que un hombre solo...

MAGD. Podia
honrosamente morir.

NAVAR. Señora, aunque mal os cuadre,
eso era duro por cierto.

MAGD. Pues yo, Hernando, hubiera muerto.
Es verdad que soy su madre.

NAVAR. No quise ser tan bizarro.
Pero acabó la porfía,
poniendo en salvo á María
el mismo Pedro Navarro.

MAGD. Robándola.

NAVAR. Dicen tal
aquellos que os han tenido
junto á un enfermo fingido,
que goza salud cabal.

MAGD. ¿Me decis la verdad?

NAVAR. Sí.
Y con certeza lo sé,
porque el lance averigüé
antes de volver aquí.

MAGD. Pedro Navarro, dijeron,
pretende hacerla su dama.

NAVAR. Si os han dicho que la ama,
¡vive Dios! que no mintieron.
Que la quiere con buen fin
sostengo á fé de soldado;

que el capitan no es casado
como el Duque Valentin.
Ya lo sabeis todo: ahora
cese esa pena prolija.

MAGD. Vamos á ver á mi hija.

NAVAR. Ya la veremos, señora.

MAGD. Dejais el tiempo correr,
y no mengua mi tormento.
Un siglo es cada momento.
Llevadme.

NAVAR. No puede ser.

MAGD. El capitan me ha ofendido.

NAVAR. Señora, entrad en razon.

MAGD. ¿Es esta la proteccion,
que vos me habeis ofrecido!...
Pero yo debí temer
cuanto en mi daño me pasa;
quien guarda mal una casa,
mal proteje á una mujer.

NAVAR. Os suplico por favor,
que os calmeis; triunfar espero
del capitan.

MAGD. Yo no quiero
auxilio ni protector.
Yo sé que María llora,
que está en poder de un infame...
¿Qué me importa que se llame
Borja ó Navarro?

NAVAR. Señora...

MAGD. Si la roba con violencia,
¿qué puede importarme el nombre?

NAVAR. Entre un hombre y otro hombre
hay una gran diferencia.

MAGD. Yo no la encuentro ¡ay de mí!
y es mas grande mi agonía.

NAVAR. Si quereis ver á María...

MAGD. ¿Qué, Hernando?

NAVAR. *(Señalando la puerta derecha.)*
Esperadme allí.

MAGD. ¿Cuándo á mis brazos vendrá?

NAVAR. Pronto.

MAGD. Tanto lo deseo
que... perdonadme... no os creo.

NAVAR. *(A Hernando.)*
Díla tú que la verá.
HERNAN. La vereis.
MAGD. Promesas vanas.
HERNAN. Lo prometen esta vez
las arrugas de mi tez
y la nieve de mis canas.
MAGD. Bien. Jurádmelo... Lo quiero..
¿Estais, anciano, seguro?
HERNAN. Nunca miento, y ahora juro.
MAGD. Nos oye Dios. Allí espero.
(Se vá por la puerta derecha.)

ESCENA IV.

HERNANDO.—NAVARRO.

NAVAR. ¿Dónde la tienes?
HERNAN. *(Señalando la puerta izquierda.)*
Allí.
NAVAR. Estoy abrumado y loco.
Házla salir.
HERNAN. Poco á poco.
Necesito hablaros.
NAVAR. Dí.
HERNAN. Esa madre, en su dolor,
cómplice vil me ha llamado:
si el crímen nos ha igualado,
no sois ya mi superior.
No para bien, para afrenta
habeis tomado mi nombre,
capitan, y de hombre á hombre
debemos hacer la cuenta.
No quiere perjuro ser
Hernando, el viejo soldado;
ya sabeis que aquí he jurado;
pensad lo que vais á hacer.
Esa jóven va á venir,
y aunque el amor os devora,
yo la adopto desde ahora.
No tengo mas que decir.
(Se vá por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

NAVARRO.

Tambien él duda, tambien
me habla enojado y severo
ese antiguo compañero...
¿Quién me defenderá, quién?
Pide cuenta; ¿y por qué no?
al capitan el soldado.
Hace bien; es mas honrado
una y mil veces que yo.
Presa de un amor fatal,
esclavo de mi tormento,
siempre abrigo un pensamiento
egoista y criminal.
Yo no pretendo perderla;
firme estoy en respetarla;
pero no dejo de amarla,
y me empeño en convencerla.
De lealtad quiero un alarde
hacer; me muestro propicio;
pero llego al sacrificio,
y retrocedo cobarde.
Un pensamiento importuno
me acosa en mi frenesí...
Aunque no me amase á mí,
¡ay! si no amara á ninguno.
Con tan dulce confianza
se acabaria mi miedo.
Quiero vencerme, y no puedo
renunciar á mi esperanza.
Paolo me salvó la vida;
yo la vida le salvé.
¿Por qué he de darle, por qué,
prenda del alma querida?
¿Me dió mas que le dí?... No.
Fué mi escudo, fuí su escudo...
¿Pues entonces por qué dudo,
si no hizo mas que hice yo?

Paolo, satisfecho estás.
Nada tienes que pedirme.
La respeto, sí, estoy firme;
pero cederla ¡jamás!
No es mi pasion un capricho,
es una ilusion mas bella...

ESCENA VI.

NAVARRO.—MARÍA.—HERNANDO *por la puerta de la izquierda.*

HERNAN. Aquí está; os dejo con ella.
Capitan, lo dicho, dicho.
(Se vá por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

NAVARRO.—MARÍA.

NAVAR. ¿Me juzgareis muy culpable?
MARIA. Cuanto puede serlo el hombre
que sus mas altos deberes
atropella y desconoce.
NAVAR. Sois mas que severa injusta,
y olvidais, hermosa jóven,
que grande disculpa tienen
estas culpables acciones.
MARIA. Sé, capitan, que de Roma
vá á Nápoles esta noche
Paolo, porque era un obstáculo
á vuestros proyectos torpes.
Sé que, engañando á mi madre,
no sé cómo, que resortes
tocásteis, siempre los tienen
á la mano los traidores,
os quedásteis en mi casa
de guardian honrado y noble,
y lo que en ella habeis hecho

no es á la lealtad conforme.
Sé que ahora mismo me hallo
en verdaderas prisiones,
y sé que la madre mia
me estará llamando á voces.
Todo esto sé; no haya miedo
que vuestra lealtad invoque,
que á vuestra piedad acuda,
que á vuestras plantas me postre;
porque la lealtad os falta,
teneis el pecho de bronce,
y solo quien tiene honor
la voz santa de honor oye.
Segura de mí, la frente
alta, ni vuestros rigores
me darán miedo, ni halagos
harán que menos os odie.
Esto os prepara mi orgullo,
esto mi honor os opone,
esto hallareis siempre en mí;
sabedlo por lo que importe.

NAVAR. No os detengais, proseguid;
añadid nuevos baldones,
que tambien alzo mi frente
como sus ramas el roble.
No cambiarán, yo lo juro,
en nada mis intenciones;
ni conseguireis con ellos
que menos fino os adore.
Oponer á vuestros cargos
pudiera satisfacciones:
Para quien no quiere oirlas
poco valen las mejores.
Os hablaré en un lenguaje
franco y rudo, aunque os asombre;
no me interrumpais, haciéndome
el mayor de los favores.
No habeis querido saber
hasta el momento mi nombre.

MARIA. Ahora lo quiero; decidlo,
y no temais que se borre.

NAVAR. Me llamo Pedro Navarro;
de los tercios españoles

soy capitan, y á mi escudo
no faltan buenos blasones.
Estados tengo en Calabria,
ganados con mis sudores,
y al agua del Garellano
mezclada mi sangre corre.
¿Qué teneis que echarme en cara?
¿Delicadas atenciones
no he tenido con vos siempre?
¿No he dicho que mis amores,
puros cual la luz del alba,
nada piden que os sonroje?
En vuestra casa quedé.
no para forjar traiciones,
sino para defenderos
con la entereza de un noble.
¿Me juzgareis por ventura
mas que César Borja torpe?

MARIA. Sí.

NAVAR. Señora...

MARIA. César Borja
su atrevido plan dispone
como quien á escala vista
quiere tomar una torre.
No entra con disfraz de amigo,
no engaña astuto á una pobre
madre, no dice que queda
guardando el hogar, no rompe
la fé empeñada... Navarro,
comparad hombre con hombre.

NAVAR. ¿Os parece mejor?

MARIA. Sí.
No aleja á los defensores,
como á Paolo vos; no toma
tan villanas precauciones.

NAVAR. ¿No aleja á Paolo?... ¡Dios mio!
no descargues tanto golpe.

MARIA. Castigo de quien mal obra.

NAVAR. Cierto; teneis mil razones.
Obré mal; pedid á Dios
que todos como yo obren.

MARIA. ¿Qué mas teneis que decirme?

NAVAR. Señora, nada que importe.

Mi corazon sufre mucho
tambien se quebranta el bronce.
¿Qué quereis vos?

MARIA. Verme libre.

NAVAR. Borja...

MARIA. No abrigo temores.
¿Puede hacer mas que habeis hecho?
¿Por qué he de temer entonces?

NAVAR. Puede César...

MARIA. Encerrarme
en mas lóbregas prisiones;
quebrantar mi corazon,
ni César ni ningun hombre.
Si he de salir, que sea pronto.
Haced que mi madre llore
el menos tiempo posible.

NAVAR. Hernando. (Corazon, rómpete.)

ESCENA VIII.

NAVARRO.—MARIA.—HERNANDO *por la puerta derecha.*

HERNAN. Capitan.

NAVAR. (¡Cuánto dolor
al pobre corazon labra!)
Cumple, Hernando tu palabra.

HERNAN. Asi me gusta, señor.
El honrado proceder
da paz, ventura, reposo,
y no hay nada mas hermoso
que cumplir con su deber.
(Se vá por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

NAVARRO.—MARIA.—*Un momento despues* HERNANDO.—
MAGDALENA *por la derecha.*

NAVAR. (Propensa á ceder la palma
estás, cobarde pasion.)

MAGD. *(Corriendo hácia María.)*
¡Hija de mi corazon!

MARIA. ¡Madre mia del alma!
(Se abrazan.)
HERNAN. *(Señalándolas.)*
Capitan, bien.
NAVAR. *(A Hernando.)*
¿Satisfecho
quedas de mi proceder?
HERNAN. *(A Navarro.)*
Estais cumpliendo un deber.
Hay nobleza en ese pecho.
MAGD. ¿Te han ofendido, hija mia?
¿Te han ultrajado?
HERNAN. Eso no.
La tuve á mi cargo yo.
Responded pronto, María.
MARIA. Aunque de violencia estraña
víctima, me han respetado.
HERNAN. No ultraja nunca un soldado
viejo y nacido en España.
MAGD. *(A Navarro.)*
Agradezco vuestro afan
y lo bien que habeis cumplido
cuanto me habeis ofrecido.
Llevadme hasta el capitan.
Tiene fama de bizarro,
y es justa su nombradía.
MARIA. ¿A quien buscais, madre mia?
MAGD. Ver quiero á Pedro Navarro.
MARIA. *(A Navarro con intencion.)*
Ver al capitan pretende.
Lo pide con insistencia.
Conducidla á su presencia.
NAVAR. Señora...
MARIA. El rubor os vende.
NAVAR. Cierto es que temblando estoy.
MAGD. ¿Por qué vacilais, Hernando?
MARIA. *(A Navarro.)*
Llevadla.
NAVAR. *(A María.)*
Me estais matando.
Yo Pedro Navarro soy.
MAGD. ¿Vos!
NAVAR. Yo.

MAGD. ¿Vos Navarro?
NAVAR. Sí.
HERNAN. (Lástima el pobre me inspira.)
MAGD. Entonces...
MARIA. Fué una mentira
que usó el capitan.
NAVAR. *(Con dignidad.)*
Mentí.
HERNAN. No hay motivo ¡vive Dios!
para así ofender á un hombre.
Si usó bien ó mal mi nombre,
esa es cuenta de los dos.
NAVAR. Mentí por la vez primera,
señora, yo os lo aseguro;
y tambien mil veces juro
que mentí por la postrera.
No me reconvengais mas,
pues no fué con causa poca
cuando asi mintió una boca
que no ha de mentir jamás.
¿Qué quereis ahora de mi?
¿En qué complaceros puedo?
Hablad, señoras, sin miedo.
MARIA. Queremos salir de aquí.
MAGD. Sí, capitan.
MARIA. Debo irme.
NAVAR. Ved que no tendreis al lado
ni un corazon tan honrado,
ni una cabeza tan firme.
MARIA. Estaré yo.
MAGD. Y yo tambien.
NAVAR. Tened en cuenta que fuera
un César Borja os espera.
MARIA. Desprecio sus iras.
NAVAR. Bien.
Mas no os entrego á un traidor
que tan viles tramas forja.

ESCENA X.

NAVARRO.—MARIA.—MAGDALENA.—HERNANDO.—UN SOLDADO *por la puerta del foro.*

HERNAN. *(Al soldado.)*
¿Qué hay?
SOLDAD. *(A Navarro.)*
El duque César Borja
por vos pregunta, señor.
MAGD. *(Cubriendo á María con su cuerpo.)*
Hija...
MARIA. ¡El Duque!
HERNAN. ¡Voto al vientre
de Barrabás!
NAVAR. *(A María y á su madre.)*
¿Qué le digo?
HERNAN. Matadle.
(A las dos.)
Venid conmigo.
No hay que vacilar.
(Hernando, María y Magdalena se dirigen á la puerta izquierda.)
NAVAR. *(Al soldado.)*
Que entre.

ESCENA XI.

NAVARRO.

Ha elegido la ocasion;
y aunque mi encargo peligre,
mal hace en llegar el tigre
hasta el antro del leon.

ESCENA XII.

CESAR.—NAVARRO.

CESAR. Pedro Navarro, ¿qué tal
os va desde nuestro encuentro?
Os hallais en vuestro centro,
y parece que no mal.
Las armas que España forja
poco que apetecer dejan.
NAVAR. Los brazos que las manejan
dejan menos, César Borja.
CESAR. Teneis semblante siniestro,
y acento amenazador.
El triunfo de buen humor,
y parece malo el vuestro.
NAVAR. *(Forzándose.)*
Vaga en mis labios la risa.
CESAR. Pero quedais cegijunto.
NAVAR. Vos traereis algun asunto.
CESAR. Y vos tendreis mucha prisa.
Bien se comprende, que al fin
quien consigue la victoria
quiere gozar de su gloria.
NAVAR. Basta, duque Valentin.
CESAR. Cada vez mas impaciente
estais, Navarro, y mas fosco.
NAVAR. Borja, soy un tanto tosco.
Hablad, y al grano.
CESAR. Corriente.
Se cunde por la ciudad
que aquí ha sido conducida
una jóven, detenida
muy contra su voluntad.
Delinque quien atropella,
y vengo...
NAVAR. Hablad sin temor.
¿Venís por el agresor?
CESAR. Navarro, vengo por ella.
NAVAR. ¿Y si os la niegan?

CESAR. Están
á la puerta magistrados,
alguaciles y soldados
pontificios, capitan.
NAVAR. Mosquetes, lanzas y espadas
hay, que satisfecho os dejan,
brazos que bien las manejan,
y las vereis manejadas.
CESAR. ¿Un combate?
NAVAR. ¿Por qué no?
CESAR. Estais arrogante y recio.
NAVAR. Por joyas de menos precio
batallas he dado yo.
Y con razon la daré,
pues llegando á mano armada
atropellais la embajada,
Duque Valentin.
CESAR. No á fé.
NAVAR. ¿Cómo?
CESAR. Es claro mas que el sol.
El embajador discreto
me autoriza; yo respeto
el pabellon español.
Ahora entra nuestra amistad.
Como negocio de amigos,
sin ruidos y sin testigos
me entregais esa beldad.
¡Qué diablos!... ¡Cómo ha de ser!...
Son cambios de contrincantes.
Os tocó vencerme antes.
NAVAR. Sí.
CESAR. Y ahora os toca perder.
NAVAR. No.
CESAR. La resistencia es vana.
NAVAR. Si aquí, César Borja, os mató,
no saldré perdiendo.
CESAR. El trato,
fué hacernos guerra galana.
NAVAR. Y guerra galana es,
Borja, para caballeros,
cruzar sus limpios aceros
brazo á brazo. En guardia, pues.
CESAR. Estais ofuscado.

NAVAR. ¿Sí?
CESAR. El empeño fué formal.
Poscribimos...
NAVAR. El puñal;
porque érais vos, no por mí.
CESAR. Fué el empeño positivo.
Sangre ni poca ni mucha.
Por eso esquivé una lucha
desigual.
NAVAR. Yo nada esquivo.
CESAR. Me pesa que vuestro afan
os ponga, Navarro, ciego.

ESCENA XIII.

NAVARRO.—CESAR.—PAOLO *por el foro.*

PAOLO. *(Presentándoselo.)*
Mi capitan, este pliego.
NAVAR. ¿De quién?
PAOLO. Del Gran Capitan.
NAVAR. *(Reconociendo á Paolo.)*
¿Qué haceis en Roma?
PAOLO. Señor,
salí de ella con destino
á Gaeta; en el camino
hallé herido al portador
del pliego. Su sangre hirviente
restañé; me dijo: «Toma
»este pliego, corre á Roma,
»y entrégalo, que es urgente.»
(Navarro lo abre y lee para sí.)
A mi mano de su mano
pasó; su encargo he cumplido,
y queda con el herido
mi camarada Gaetano.
NAVAR. Bien.
(Paolo se retira algunos pasos.)
CESAR. *(A Navarro.)*
(¿Sabeis su nombre?)

NAVAR. *(A Cesar.)*
(Sí.)
CESAR. *(A Navarro.)*
(Importuna es su venida.)
NAVAR. *(A César.)*
(No juzgo tal, por mi vida.)
CESAR. *(A Navarro.)*
(Hacedle salir de aquí.)
PAOLO. *(A Navarro.)*
¿Teneis que mandarme?
NAVAR. Espera.
CESAR. (Un poco complica el lance.)
(A Navarro.)
(¿Cómo saldremos del trance?)
NAVAR. Es fácil. De esta manera.
(Abre la puerta izquierda y hace una seña.)

ESCENA XIV.

NAVARRO.—CESAR.—PAOLO.—MARÍA.—MAGDALENA.—HERNANDO *por la puerta izquierda.—Momentos de silencio.*

PAOLO. ¡María!
MARIA. ¡Paolo!
PAOLO. ¿Tú aquí?
HERNAN. (Esto se complica ahora.)
(A Magdalena.)
¿Qué haceis?... Hablad vos, señora.
MAGD. Y yo tambien, Paolo.
PAOLO. Sí.
Mi capitan, por favor,
esplicadme cuanto pasa.
NAVAR. Que estaban mal en su casa,
y aquí se encuentran mejor.
PAOLO. ¿Pero cómo aquí se encuentran?
Haced que solucion halle.
NAVAR. Allí matan en la calle,
y por las ventanas entran.
Aquí todo hácia buen fin

por buenos fines camina.
No roban, no se asesina...
(César quiere hablar.)
(A César.)
(Callad, Duque Valentin.)

PAOLO. Pero, señor.

NAVAR. Lo que digo.
Paolo, mi consejo toma.
No puede quedarse en Roma,
irá á Nápoles contigo.

CESAR. *(A Navarro.)*
(Capitan.)

NAVAR. *(A César.)*
(Es lo mejor.
Cedamos los dos la prenda,
y no habrá en nuestra contienda
vencido ni vencedor.
No emprendais nueva campaña,
si quereis que bien os deje.
Nuestra bandera proteje
á ese soldado de España,
y ella es su esposa.)
(Alto á César.)
Los dos
conformes. Duque, cuidado.
Descansad, si os he cansado.

CESAR. Adios, capitan.

NAVAR. Adios.
(César se marcha por el foro.)

ESCENA XIV.

NAVARRO.—PAOLO.—MARÍA.—MAGDALENA.—HERNANDO.

PAOLO. Señor...

NAVAR. *(Llevándose á Paolo aparte.)*
Mira; esa mujer
ha sido muy perseguida.
Tú me salvaste la vida,
yo la pongo en tu poder.
Así de mi deuda el peso

alivio, mancebo honrado.

PAOLO. ¡Ah! sois vos quien me ha salvado
la vida.

NAVAR. Nada sé de eso.

PAOLO. Yo quiero decirlo.

NAVAR. Calla.

PAOLO. Fuísteis vos; ya no lo dudo.

NAVAR. Yo te serviré de escudo
en nuestra primer batalla.
Perdonadme, si un instante...
(Deja á Paolo y se acerca á María.)

MARIA. Bien comprendo el sacrificio.

NAVAR. Para pagarle un servicio
he sido finjido amante.
(Agrupándolos á todos.)
Paolo, Magdalena y vos
saldreis de Roma mañana.
Ya toda zozobra es vana.
Id, y que os bendiga Dios.
Salir podreis sin afan
del alba á los arreboles,
con soldados españoles,
que pide el Gran Capitan.
Os dono, sin interés,
es botin de buena guerra,
un corto rincon de tierra
en mi estado calabrés.
(A Paolo.)
Acéptalo, es un favor
que premiará mis afanes,
hasta que en la guerra ganes
otro mas grande y mejor.

MAGD. Señor...

NAVAR. Basta.

PAOLO. Capitan...

NAVAR. Es la obediencia virtud.

MARÍA. Nuestra eterna gratitud...

PAOLO. Nuestros hechos probarán.

NAVAR. Bien. Magdalena, María,
y tú, Paolo, á ese aposento
entrad. No perdais momento,
y descansad hasta el dia.
(Empujándolos muy conmovido.)

ESCENA XVI.

NAVARRO.—HERNANDO.

HERNAN. Capitan, tan noble accion
vale un inmenso tesoro.
NAVAR. Sí, Hernando; porque la adoro
con todo mi corazon.
HERNAN. ¿Llorais?
NAVAR. Pronunció cobarde
una mentira mi boca,
y arranca mi pasion loca
esta lágrima, que arde.
Una mentira y no mas;
cállala; me dá sonrojos.
Contempla el llanto en mis ojos...
No has de ver otro jamás.

FIN DEL DRAMA.

EN UN ACTO.

El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

l tren de escala.
ventura de un cantante.
a Estrella de Madrid.
on Simplicio Bobadilla.
l duende.
l duende, segunda parte.
as señas del archiduque.
legialas y soldados.
amoya.
oria y peluca.
lo de ciego.
ibulaciones!!
Campamento.
r seguir á una muger.
enas noches, señor don Simon.
sterios de bastidores.
marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

cionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
gislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
digo penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
rso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Olivores.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado
Lugo. . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassalcy Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueb a.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga
Tuy.	Francisco Martinez Gonzale
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan
Valls.	Cayetano Badia.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Marìa Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la call de Fuencarral, casa Astrarena.